

CAPITULO LXV.

Fallecimiento de la princesa D.^a María.— Muerte del duque de Orleans.— Dieta de Worms.— Concilio de Trento.— Muerte de Lutero.— El Pontífice y el Emperador deciden atacar enérgicamente á los protestantes.— Ejército que pusieron en pié de guerra los estados alemanes.

TAN luego hubo Carlos licenciado su ejército, cuyos soldados en su mayor parte se alistaron al servicio del rey de Inglaterra llevando por general al célebre D. Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, que se hallaba al servicio de aquel, envió á España á su secretario Alfonso Idiaquez con cartas para el príncipe D. Felipe ordenándole consultase al Consejo de Estado sobre qué cesion y qué matrimonio era mas conveniente conforme á lo estipulado en Crespy, si el en que iban señalados los estados de Flandes ó el del ducado de Milan, á lo cual, contestó aquel alto cuerpo decidiéndose por el último, creyéndole mas conforme con los intereses de la nacion.

En el año anterior habíase verificado el matrimonio del príncipe con D.^a María de Portugal, hija de los reyes D. Juan III y D.^a Catalina, hermana del Emperador, y en 8 de julio de 1545 falleció aquella princesa en Valladolid, pocos dias despues de haber dado á luz un hijo que fue el desventurado príncipe Carlos, siendo extraordinariamente sentido su fallecimiento por las excelentes prendas que la adornaban.

Por este tiempo tambien Francia hubo de llorar la muerte de otro de sus príncipes, y Francisco I vióse obligado á renunciar otra vez á aquel ducado de Milan tan deseado siempre y causa de tantas guerras y disturbios.

Falleció el duque de Orleans, á quien, segun el tratado de paz, habia de llevar en dote su esposa aquel estado, y Carlos negóse rotundamente á entrar en nuevos tratos respecto á él, cuando el francés solo lo propuso.

Semejante negativa, en otras circunstancias, habria sido causa bastante para promover una nueva guerra; mas en aquellos momentos en que Francisco veia á su nacion exhausta y abatida, por los continuos reveses sufridos, decaida su salud y con los ingleses en su territorio, ahogó su disgusto y evitó con una complicacion mas, aumentar su desgracia.

Con la muerte del duque de Orleans, perdió tambien notablemente el duque de Saboya que habia de haber entrado en posesion de sus estados al verificarse el matrimonio del príncipe, así fue que no pudo disimular el disgusto con que veia á los franceses que seguian ocupándole.

Otro acontecimiento de la misma especie vino á privar al imperio en particular, y á la cristiandad en general, de un poderoso enemigo. Barbaroja, el terrible corsario, despues de regresar á Constantinopla con un considerable botin alcanzado en las costas de Toscana y Nápoles, falleció, facilitando con su muerte el armisticio que Carlos y Fernando tenian ya entablado algun tiempo antes con los turcos.

Libre Carlos de estos cuidados, dedicóse á atajar el incendio que consumia la Alemania. Los coligados de Smalkalda pensaron por un momento que, merced á la muerte del duque de Orleans, comprometido el Emperador en una nueva guerra con Francia, se veria obligado á dividir sus fuerzas; mas tanto estas esperanzas como las de que entre el Papa y Carlos llegara á estallar un rompimiento, quedaron defraudadas por completo, toda vez que Carlos al saber que el Pontífice habia dado la investidura de los ducados de Parma y Plasencia que formaban parte del Milanesado á su hijo Pedro Luis, contentóse con rehusar la confirmacion de semejante acto.

Convocada en 24 de marzo de 1545 la Dieta en Worms, hubo de presidirla D. Fernando, porque Carlos no pudo moverse de Bruselas á causa de haberse exacerbado de un modo notable sus padecimientos de la gota.

En la Dieta se dió cuenta de la bula convocatoria para el Concilio que habia de verificarse en Trento, expedida el año anterior por el Pontífice, indicándose que lo mismo los católicos que los protestantes debian suspender todos sus actos y decisiones, sujetándose al fallo de aquel.

Unánime aprobacion obtuvieron estas palabras por parte de los católicos, mas los protestantes para quienes significaba tal fallo la pérdida de aquella libertad de culto de que disfrutaban, insistieron en rechazar el Concilio, pretextando que los acuerdos no podian tener la libertad é independencia necesarias toda vez que era convocado por el Papa y presidido por sus mismos legados.

En estos momentos llegó el Emperador á Worms, y su inflexibilidad y su energía demostraron á los protestantes que nada habian de conseguir.

Sin abatirse por esto, reclamaron todas las concesiones que se les hicieron en la última Dieta, opusieronse tenazmente al Concilio, y esparcieron profusamente por todos los estados católicos el famoso escrito de Lutero que llevaba por título *El Papado instituido por el diablo*.

Todavía trató el Emperador de reducirlos por medio de la Dieta convocada en Ratisbona en el año siguiente de 1546, pero tampoco obtuvo resultado alguno.

En 13 de diciembre de 1545, reunido el Concilio de Trento bajo la presidencia de los legados pontificios, daba comienzo á sus sesiones. Por orden del Emperador habíanse reunido en él todos los prelatos y teólogos españoles mas importantes, contándose entre ellos los padres Diego Lainez y Alfonso Salmeron, de la Compañía

de Jesús; los maestros Fr. Domingo de Soto y Fr. Melchor Cano, de la Orden de Santo Domingo, y de la de san Francisco Fr. Andrés Vega y Fr. Alfonso de Castro.

Hubo diversidad de pareceres respecto al orden que habian de seguir las primeras discusiones, si habia de comenzarse por la reforma de los abusos ó por lo relativo al dogma, acordándose finalmente que en todas las sesiones se diera un decreto sobre la doctrina y otro sobre la reforma.

Mientras esto pasaba, estaban haciendo secretamente preparativos de guerra los confederados de Smalkalda para lo cual reuniéronse en Francfort, mas tan desacordes anduvieron, que no fue difícil preveer su próxima derrota.

En 18 de febrero de 1546 falleció en Eisleben á los sesenta y tres años de edad, el funesto Martin Lutero, causa de tanta sangre como se habia derramado y de la que aun se habia de derramar. Los católicos creyeron ver en ella un favor del cielo, mientras que los protestantes sentian que aquella muerte les privaba de un auxilio poderoso.

Por mucho que los escritores protestantes de aquel siglo y de los siguientes se hayan esforzado por realzar las prendas del gran reformador alemán, y por descubrir en el profesor de Wittenberg algunas cualidades eminentes, no han logrado probar que tuviese, ni el talento privilegiado del innovador, ni menos las virtudes morales del apóstol. Sin negar á Lutero una capacidad activa y una regular instruccion en las materias religiosas que entonces se controvertian, estaba lejos de ser ni un sábio ni un genio. Sus obras revelan mejor la altura que media en punto á saber, que los apasionados elogios de sus panegiristas, los cuales atribuyen sus defectos al mal gusto de su siglo y nunca á la medianía de la capacidad del hombre.

No era un hombre vulgar, pero las circunstancias le colocaron en una posicion y le dieron una influencia que no hubiera podido imaginar jamás él mismo. Denunciador de un abuso público y lamentable, la materia de su predicacion era á propósito para hacerle popular, y las imprudencias ó la falta de política de sus adversarios é impugnadores le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso de espíritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba pero tenia la firmeza y audacia del reformador, llegando esta á tal punto, que sus mas adictos escritores se ven obligados á confesar lealmente que «la confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia, su valor en temeridad, su firmeza en obstinacion, y su celo por confundir á sus adversarios en un furor que se exhalaba en injurias groseras.»

Y en efecto, Lutero, en sus últimos años parecia haber renunciado á toda idea de decencia, de decoro y de urbanidad, pues ya escribiese contra los católicos, ya contra los reformistas disidentes, su pluma parecia estar mojada en hiel, y cada uno de sus escritos era una coleccion de insolentes burlas y de insultos de mal género, que los protestantes se esfuerzan por atenuar, buscando disculpa en cierta aspereza de estilo de que dicen adolecian por lo comun los escritores de aquel tiempo. Y sin embargo, este hombre inició una de las revoluciones mas graves que ha experimentado la humanidad; ejerció por espacio de treinta años una influencia desmedida en Alemania, donde nada se hacia sin consultar ó contar con Martin Lutero; hizo bambolear el antiguo y venerable poder de los papas, y alcanzó á ver el fruto de sus trabajos y á presenciar en vida la adopcion de aquellas nuevas doctrinas por una gran parte de Europa.

En la sesion cuarta celebrada por los padres del Concilio en 8 de abril de aquel año, declaróse que de las muchas traducciones de la Biblia que por entonces circulaban y que habian dado pábulo á los protestantes para admitir ó deshechar varios párrafos de las sagradas Escrituras, la única auténtica era la Vulgata por ser la única que concuerda exactamente con el texto original, quedando prohibido interpretarle de otro modo distinto que como lo explica la Iglesia.

Aliados el Pontífice y el Emperador, pusieron de completo acuerdo para atacar á los herejes y destruirles, obligándose este á poner sobre las armas un poderoso ejército al objeto de que fuese reconocida la autoridad del Concilio, sin que para nada pudiera transigir con ellos, á no ser que se sujetasen á la obediencia del Papa.

Paulo III á su vez se obligaba á depositar en el banco de Venecia una cantidad suficiente para subvenir á los gastos de la guerra; á sostener en campaña y por espacio de un año, un cuerpo de tropas de doce mil infantes y quinientos caballos, concediendo á Carlos por el mismo espacio la mitad de las rentas eclesiásticas de España, autorizándole por medio de una bula para que pudiese disponer la enajenacion en aquel reino de posesiones y bienes de las casas religiosas hasta la suma de quinientos mil escudos, y aun cuando esta venta no pudo llevarse á cabo por las razones fundadas que expusieron los monjes de san Benito y san Bernardo, no por eso dejó de ser mas valiosa la oferta del Papa, demostrando con ella lo firme y resuelto de su decision y los elementos de que podia disponer el Emperador prestándole él su ayuda.



MAURICIO DE SAJONIA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO LXVI.

Los protestantes dan un manifiesto antes de emprender las operaciones.—Pónese el Emperador al frente de su ejército.—Mauricio de Sajonia.—Su influencia en los sucesos que tuvieron lugar en Alemania.—Disuélvese el ejército de la Liga.—Triunfos del Emperador.

MIENTRAS el Pontífice no hacía misterio alguno de lo que proyectaba, presentándolo como una verdadera cruzada, el Emperador hacía sus aprestos con el mayor sigilo, ocultando su verdadero objeto, y manifestando á los protestantes que, alarmados, le interrogaban acerca de sus intenciones, que siempre sería amigo de los estados que le habían permanecido obedientes, pero que á los rebeldes les trataría sin piedad, aunque la guerra que emprendiera no tendría carácter religioso.

Merced á esto, varios príncipes le ofrecieron permanecer neutrales, y algunos como Juan y Alberto de Brandeburgo y Mauricio de Sajonia, de quien tendremos ocasion de ocuparnos en otro lugar con mayor extension, siguieron las armas del Emperador.

Los restantes, que todavía formaban un número muy respetable, se reunieron en Ulm, preparándose para contrarrestar con las armas al ejército imperial.

Lo mismo los venecianos, que los suizos, que los reyes de Francia é Inglaterra, negáronles su proteccion, no atreviéndose á atraerse el enojo de Carlos, mas sin abatirse por semejante contratiempo los confederados, solamente con sus propios recursos reunieron un ejército de setenta mil infantes y quince mil caballos con ciento veinte piezas de artillería, ejército que llenó de asombro al Emperador cuando de ello tuvo noticia, y que hubiera podido ponerle en un grave aprieto, puesto que no contaba á la sazón con fuerzas suficientes para hacerle frente, á no ser porque los confederados se entretuvieron en dar un manifiesto á la Alemania, en dirigirse al Emperador protestando de su lealtad, pero asegurando, al mismo tiempo, que estaban resueltos á perder la vida por la defensa de sus creencias.

La contestacion de Carlos fue publicar un edicto de proscripcion contra el Elector de Sajonia y los principales jefes de la liga, despojándoles de todos sus privilegios y confiscándoles sus bienes.

Rota toda esperanza de avenencia, enviaron los confederados un heraldo al Emperador separándose de su obediencia:

Hizo ya con esto inevitable la guerra, como atinadamente dice el historiador Lafuente. La ciudad protestante de Augsburgo había roto ya las hostilidades, y el veterano Sebastian Schertel, que mandaba las tropas de la ciudad, antiguo aventurero, hombre de humilde estirpe, uno de los que mas se habían enriquecido en el saco de Roma cuando la tomaron los imperiales, y que á favor de sus muchas riquezas había llegado á ser uno de los grandes señores de Alemania, salió á impedir el paso á las tropas pontificias que se dirigían á Alemania por el Tirol, formó dos fortalezas que dominaban aquellos desfiladeros, y aun se hubiera apoderado de Inspruck si el elector de Sajonia no hubiera cometido el error de llamarle, con lo cual quedó al ejército pontificio la entrada libre en Alemania.

La desacertada conducta de los dos jefes de los protestantes, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, que por otro error compartían entre sí la autoridad y el mando, las disidencias que produjeron sus diferentes miras y encontrados caracteres, las envidias, los odios y las desobediencias á que dieron lugar entre los confederados, no solo fueron causa de que el numeroso ejército de los protestantes malograra los primeros momentos que tan propicios se le presentaron hasta para haber arrojado de Alemania al Emperador, sino que de intento parecían haberse propuesto dejar que las huestes imperiales, que de tan opuestos puntos acudían, se reunieran tranquilamente donde mas podia convenirles. Así, no solamente el ejército del Papa llegó salvo y casi sin tropiezo á Lanshut (agosto de 1546), sino tambien seis mil aguerridos soldados españoles de los formidables tercios de Nápoles.

De este modo el poderoso ejército de los aliados, con su inaccion y la division que entre sus jefes existía, desaprovechó todas las ventajas que su celeridad en reunirse y su número le ofrecía, perdiendo así ocasiones que ya no se le volvieron á presentar.

Reunido el ejército imperial en Lanshut, marchó el Emperador desde Ratisbona á ponerse á su frente.

Componíase aquel de treinta y seis mil hombres bajo el mando de D. Fernando de Toledo, duque de Alba, y si en número era excesivamente inferior al de los coligados, superábale en cambio en disciplina y valor aunque no en arrogancia.

En todas las banderas de los luteranos se leían inscripciones y lemas latinos sacados de las Sagradas Escrituras, alusivos á la lucha religiosa, y escogidos todos para ostentar cierta arrogancia amenazadora, tales como los siguientes: «*Si Deus pro nobis quis contra nos?* Si Dios nos ayuda ¿quién podrá con nosotros?—*In libertatem vocati estis, fratres.* Hermanos, llamados sois á ser libres.—*Ab Aquilone venient liberatores tui.* Del Septentrion vendrán tus libertadores.—*Vae vobis, Scribae et Pharisei!* ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!»

Los confederados, deteniéndose en poner sitio á Ratisbona, que no pudieron ganar, dejaron tiempo al Emperador para que estableciera su campo atrincherado en Ingolstadt á la margen izquierda del Danubio, y cuando se dirigieron á atacarle, de tal modo les impuso la actitud tranquila y resuelta de aquellos soldados que impasibles les aguardaban detrás de sus trincheras, y al frente de los que

se hallaba el Emperador á caballo, que se replegaron á sus reales, dedicando despues todos sus esfuerzos á impedir que se reuniesen al ejército imperial los diez mil infantes y cuatro mil caballos que el conde de Buren traía desde Flandes.

Mas ni aun esto pudieron evitar, y, reunidas aquellas fuerzas, tomó el Emperador la ofensiva y fue apoderándose de distintas plazas, no sin que tuviera que empeñar rícos combates algunas veces, prósperos unos y adversos otros.

De este modo trascurrió la mayor parte del otoño, y aun cuando muchos de los generales de Carlos se oponían á la prolongacion de aquella campaña, teniendo en cuenta la escasez de forrajes y de viveres, y las enfermedades producidas por la dureza del clima, el Emperador, abrigando la conviccion de que las discordias entre los mismos aliados habían de darle la victoria, decidió proseguirla á todo trance.

En estos momentos comenzó á jugar un papel importantísimo Mauricio de Sajonia, á quien hemos nombrado en otro lugar como uno de los que siguieron la causa del Emperador.

Muy joven todavía, demostró su buen talento negándose, aun cuando profesaba la religion luterana, á formar parte de la liga de Smalkalde, y comprendiendo que la victoria, mas tarde ó mas temprano, sería del Emperador, dedicó todos sus esfuerzos á captarse sus simpatías.

Tan ambicioso como astuto, no prestó sus servicios gratuitamente, sino que, despues de muchas conferencias con el Emperador, ajustaron un convenio secreto, en virtud del cual comprometíase á servir á Carlos, dándole este en cambio todos los despojos de su primo el Elector de Sajonia.

Mauricio prosiguió tratando con los coligados, y cuando el Elector marchó á la guerra, dejó á Mauricio el encargo de defender sus posesiones.

Cuando el Emperador dió el edicto de proscripcion de que en otra parte hicimos mérito, remitiésole secretamente á Mauricio, ordenándole que se apoderase inmediatamente de los estados confiscados, lo cual realizó aquel con la ayuda del Rey de Romanos que penetró al mismo tiempo en el electorado al frente de un ejército de húngaros y bohemios.

Ante este contratiempo, los confederados cometieron la imprudencia de dividir sus fuerzas, marchando el Elector de Sajonia con gran parte de ellas á recobrar sus estados, mientras las demás se dirigían á sus provincias respectivas.

La toma de las ciudades de Nordhingen, Rottemberg y Halle por las tropas imperiales, y finalmente la de Ulm, aun cuando el Elector consiguió apoderarse de la mayoría de sus estados, llevó consigo la sumision del duque de Wittemberg y de otros no menos importantes coligados, quedando solamente el Elector y el Landgrave en sus respectivas posiciones con fuerzas bastante considerables todavía.

El Emperador se veía escaso de medios para contrarrestar á aquellos dos poderosos enemigos, porque, para evitar gastos, había enviado al conde de Buren con sus tropas á Flandes, el Pontífice había llamado á su nieto Octavio y la division que mandaba, y como del resto del ejército había de cubrir Carlos las guarniciones de las poblaciones sometidas, no le quedaban soldados suficientes para emprender una campaña activa.

Posible es, como dice un historiador, que, si hubiese querido, fácilmente habría encontrado soldados, pero los nuevos acontecimientos ocurridos en Italia y el aspecto general que tomaban los asuntos del resto de Europa debieron preocuparle mas, obligándole á dejar por entonces al Elector y al Landgrave sin intentar nada contra ellos.

Paulo III no estaba muy satisfecho con el Emperador, porque veía que hacia de aquella guerra, cuyo objeto debía ser puramente religioso, una guerra de política y de provecho propio, y temía el inmenso poder que aquel Monarca adquiriría con la preponderancia de su autoridad en el imperio, autoridad que despues se extendería por toda la Italia.

Al mismo tiempo Francisco I, cuyo odio contra él no se había extinguido, suscitábale enemigos por do quiera, y en Alemania sus enviados ofrecían auxilios á los confederados y trataban de convencer á los venecianos de que debían unirse al Papa y á él para vencer á aquel coloso; escitaba á la vez al turco para que nuevamente invadiera la Hungría, entraba en negociaciones con el rey de Dinamarca ofreciéndole la mano de la joven reina de Escocia para su hijo, y procuraba persuadir á los ministros que gobernaban en Inglaterra en nombre del niño Eduardo VI que por fallecimiento de Enrique VIII, ocurrido en 29 de enero de 1547, había subido al trono, que debían declararse en favor de la Reforma.

Hijas de estos enconados odios fueron las manifestaciones tumultuosas de Nápoles con pretexto del establecimiento de la Inquisicion, llegando el caso de esgrimirse las armas, y la famosa conspiracion de Juan Luis de Fieschi, en Génova, felizmente conjurada pero que demostraba de una manera palpable que los enemigos del Emperador no descansaban y que sabían aprovechar diestramente todas las ocasiones.



SIBYLA DE CLÉVERIS.